

## EL BIEN.

Todos los seres capaces de algun grado de actividad, y aún se podría decir simplemente, todos los seres, puesto que la inercia absoluta equivale á la nada, tienden á un fin, hácia el cual se dirigen todos sus esfuerzos y todas sus facultades. Este fin, sin el cual no obrarian, es decir, no existirian, es lo que se llama el bien. El bien, que en su generalidad no debe confundirse con su unidad y perfeccion, es, pues, el objeto propuesto á la actividad de los seres, es el fin en que buscan la plenitud de su existencia y de su bienestar cuando están dotados de sensibilidad. Resulta de esta definicion, la única que está de acuerdo con el sentido universalmente atribuido á la palabra definida, que hay tantas especies de bien, cuantas especies de seres hay. Pero seria violentar el lenguaje y el pensamiento, hablar del bien de los minerales, de los líquidos y de los gases, en una palabra, de los cuerpos brutos, simples ó compuestos. Hablando con propiedad, los cuerpos brutos no son seres, sino fenómenos, que no poseen ningun bien porque no tienden á un fin determinado, sirviendo de instrumentos y medios á existencias ménos incompletas que buscan los bienes que les pertenecen. El bien directamente inteligible para nosotros, no comienza sino con la organizacion y la vida. Hay ciertamente un bien para los vegetales, aunque estén privados de inteligencia y de sentimiento; este bien, hácia el que tienden por el concierto de sus órganos y de sus propiedades activas, es desde luego su completo desarrollo, conforme á un tipo más ó ménos fijo, en seguida su conservacion, y por último, su reproduccion ó la conservacion de su especie. Todo lo que favorece este triple resultado les hace bien; todo lo que lo impide les hace mal: las ideas de bien y mal les son, pues, perfectamente aplicables.

Cuando se pasa del reino vegetal al animal, el bien es todavía más fácil de percibir, y se hace más manifiesto á medida que más se sube en la escala de los seres animados. Como para las plantas, el bien consiste desde luego en el desarrollo, la conservacion y la reproduccion de los seres, es decir, en el ejercicio de las facultades esenciales de la vida bajo una forma determinada, aunque más ó ménos variable. A ese ejercicio viene á unirse la sensibilidad que cambia el bien en bienestar y el mal en sufrimiento; que hace buscar, y aún se podría casi decir, que hace amar al uno por el poder del deseo, y hace huir ó aborrecer al otro por la fuerza de la aversion. A la misma sensibilidad se añade un grado más y más elevado de percepcion, si no es que de conocimiento, y una actividad instintiva que tiene alguna lejana semejanza con la voluntad. El animal no está reducido á sentir su bien, sino que tiene de él una representacion interior, puesto que es capaz de imaginacion y de recuerdo; no se limita á perseguirle y cumplirle por el movimiento puramente físico de sus órganos, sino que le desea y hasta cierto punto le quiere.

Pero en el hombre es donde el bien se nos descubre bajo una forma brillante, y admite una variedad de expresion, y por consiguiente, una extension de que no es susceptible en los seres inferiores. El bien nos presenta en el hombre, por lo ménos, tres caracteres que corresponden á tres órdenes de facultades. El bien físico, representado en su más alto grado por el desarrollo y la conservacion de su cuerpo, ó para designarlo con una sola palabra, el bienestar, es el fin á que tienden las facultades activas ó las energías múltiples de sus órganos, secundadas y dirigidas no sólo por la percepcion y la sensacion, sino por la reflexion y la voluntad, facultades extrañas al animal. El bien intelectual, es el fin á que tienden todas las facultades del espíritu, todas las fuerzas y toda la actividad del pensamiento: se resume en la verdad, ó hablando con más exactitud, en el conocimiento de la verdad, en la ciencia. El bien moral es el objeto que persigue, ó la regla á que obedece la voluntad ilustrada por la razon; es el fin que debe alcanzar, ó al ménos proponerse todo ser racional y libre, so pena de hacerse indigno de la razon y de la libertad. Ese fin es el deber, y el deber cumplido se llama la virtud.

El bienestar, tal como acabamos de definirlo, comprendido como la satisfaccion del cuerpo y de las facultades que dependen directamente de los sentidos, está estrechamente ligado á la satisfaccion de las necesidades y de las facultades del alma. Es cierto que nuestras fuerzas y nuestra salud declinan cuando se lastiman nuestras afecciones, ó como se dice vulgarmente, cuando nuestro corazon sufre, cuando el desprecio nos persigue, cuando la inquietud nos agobia, cuando nos destroza el remordimiento. Si por el contrario, el cuerpo y el alma están al mismo tiempo satisfechos, entónces no es del bienestar de lo que estamos en posesion, sino de la dicha.

Estos tres bienes del hombre: el bienestar, la ciencia y la virtud, ó la dicha, la verdad y el deber, deberian ser por su naturaleza, inseparables, y no formar más que un bien único. No se comprende, en efecto, que un ser inteligente, que ha recibido al mismo tiempo la facultad y la necesidad de conocer la verdad, pueda encontrar la dicha, una dicha completa y digna de él, fuera de la ciencia. No se comprende tampoco que la dicha pueda estar sin la virtud, puesto que la virtud es el cumplimiento habitual de las leyes más elevadas y de las condiciones más necesarias de la naturaleza del hombre, considerado como un ser racional y libre. ¿Es admisible que un ser cualquiera sea feliz, ó encuentre la satisfaccion de todas sus necesidades, fuera de las condiciones esenciales de su existencia? En fin, si es verdad que los principios sobre que reposa la virtud no son sino las leyes más elevadas de la naturaleza humana, es imposible suponer que esas leyes no estén de acuerdo con todas las que determinan el objeto y arreglan el ejercicio de nuestras facultades, por consiguiente, no se podría separar la virtud de la dicha. Esta union de todos los bienes, al ménos de los que concibe la razon y persigue la actividad del hombre, en un bien único é indivisible, es lo que los antiguos llamaban el soberano bien, no reconociendo fuera, ó lo que viene á ser lo mismo, debajo de él, más que bienes secundarios.

Que esta unidad existe en la naturaleza de las cosas, en la naturaleza del bien, es incontestable; pero cuando se tiene en cuenta los límites diversos en que se fijan los deseos, los esfuerzos y las concepciones habituales del hombre, se encuentra inevitable-



mente la multiplicidad y la division. ¿Cuántos son los que al buscar la dicha ó la virtud las pidan completas, ó que estén siquiera en estado de comprender las condiciones bajo las cuales el objeto de sus votos alcance esa perfeccion? La inmensa mayoría se contenta con una dicha relativa ó una virtud relativa. Poco les importa que todas las facultades y todas las necesidades de su sér se hallen satisfechas; les basta que algunas lo estén; y aceptarían de buena gana el bienestar con la ignorancia y con los desórdenes de la inmoralidad, hasta que la experiencia venga á demostrarles que la dicha no existe á ese precio. De la misma manera, cuando se lisonjean de caminar por los senderos de la virtud, no se proponen á menudo otro objeto que escapar á los rigores de la ley ó al desprecio de sus semejantes, vivir en paz consigo mismos y con los demás, ó escapar á las penas de otra vida.

Cuando el soberano bien, el bien único, que consiste en la perfeccion de nuestro sér se encuentra así dividido y mutilado por la ignorancia, la debilidad ó las pasiones humanas, entónces es preciso establecer una jerarquía entre los elementos, los objetos parciales, los principios múltiples en que se descompone. Es evidente que no dependiendo la dicha sino de nuestras facultades secundarias; no representando más que bienes particulares y variables, tales como el placer, el interés, el poder, debe subordinarse, y si es necesario sacrificarse á la ley del deber, que norma nuestras facultades superiores; que es la regla y condicion de la libertad; que impuesta por la razon, participa de su unidad, de su perpetuidad y de su universalidad. La virtud, es decir, el cumplimiento del deber, viene á ser entónces el bien absoluto; la dicha no es más que un bien relativo, y la ciencia, revestida del mismo carácter, es un medio de alcanzar ámbos.

De la misma manera que los bienes del hombre, los bienes de todos los séres que son susceptibles de tener uno, ó que poseen cierto grado de vida y de individualidad, se reducen á un bien único. Todos los séres, desde los más humildes hasta los más elevados, están sometidos á leyes generales, que coordinándose unas con otras, forman lo que se llama el plan de la creacion ó el orden universal. Fuera de este plan no existe nada ni puede existir, porque nada se escapa de las leyes, es decir, de las condiciones de su existencia, y estas mismas condiciones serian imposibles si no estuvieran de acuerdo entre sí, bajo el imperio de una ley comun, de un orden soberano que se impone igualmente al mundo físico y al mundo moral, á la naturaleza y á la conciencia. Este orden absoluto es el bien único é indivisible de todos los séres. Segun Platon y los filósofos de la escuela de Alejandría, el bien único, indivisible, universal, que se comunica en cierto grado á todos los séres, se confunde con la inteligencia divina, con Dios mismo, que no se puede separar de su inteligencia. Hé aquí por qué en sus escritos, Dios es llamado el bien. Pero no es necesario ir hasta esa identificacion para concebir el bien en su universalidad y su unidad suprema.

La idea del bien, cuando juzgamos las cuestiones humanas, ó cuando queremos prescribirles una regla comun, sustituyéndose con frecuencia á la idea del deber, no carece de interés el investigar hasta qué punto esa sustitucion es legítima, ó cuál es exactamente la relacion de las ideas, que toman así en los hábitos de nuestro espíritu y de nuestro lenguaje, el lugar una de otra.

El deber está necesariamente comprendido en el bien; pero el bien no está todo comprendido en el deber. Este es ménos extenso que aquel, y las relaciones que existen entre ellos, pueden representarse bajo la figura de dos esferas concéntricas, que teniendo el mismo centro, difieren por sus circunferencias. ¿Qué es, en efecto, el deber? Es esa ley escrita en nosotros mismos, á la cual un sér libre, un sér racional, no puede faltar sin hacerse indigno de la razon y de la libertad, sin decaer, por consiguiente, del puesto que tiene asignado por su naturaleza, sin incurrir en su propio desprecio y en el de sus semejantes. Esto quiere decir que el deber se impone á nosotros absolutamente, y que el que le viola con intencion, colocándose fuera, ó más bien, debajo de la humanidad y de la sociedad, da á la sociedad y á la humanidad el derecho de repudiarle, de rechazarle de su seno. Es fuera de duda que lo que la razon nos manda con ese carácter de imperiosa obligacion, es esencialmente bueno; pero no todo lo que es bueno, no todo lo que es conforme á las leyes de la razon, no todo lo que admira y aplauda la conciencia moral, podría pasar por obligatorio y ser contado en el número de los deberes.

El bien, aun cuando se le considere en los solos límites de la humanidad, es, pues más que el deber, aunque el deber sea una de las formas del bien. El deber es el límite, bajo del cual no nos es permitido descender, sin perder en el orden moral nuestra calidad de hombres. El bien es el objeto más elevado que pueden proponerse los esfuerzos reunidos de todas nuestras facultades; es el orden eterno, el orden supremo, al cual, por los atributos distintivos de nuestra naturaleza, somos llamados á concurrir segun la medida de nuestra inteligencia y de nuestras fuerzas; es más que una simple ley de nuestra existencia ó una perfeccion relativa, es la perfeccion misma, hácia la cual nos llevan al mismo tiempo la razon y el sentimiento, la reflexion y sublimes instintos, y al que está en nuestro poder acercarnos más y más sin alcanzarla nunca.—(*Diccionario de las Ciencias Filosóficas*).

## LA EXPERIENCIA.

Cualquier cosa que el hombre estudie, cualquiera que sea la ciencia que quiere construir, es siempre una realidad, un hecho ó un objeto existentes lo que trata de explicar, cuya descripcion emprende, y cuyas leyes, origen y destino tiene por objeto trazar.

Así, pues, los hechos reales, actuales, son ante todo el camino que conduce nuestra inteligencia á toda ciencia en la esfera de los objetos que son accesibles á la razon humana. Ahora, la observacion de los hechos es lo que se llama experiencia. La experiencia es, pues, el punto de partida de toda ciencia.

Para hacer la ciencia de un objeto, es preciso recoger todos los hechos que se refieren á él, de cualquier orden y especie que sean; comprobarlos bien, precisar sus caracteres, reconocer sus leyes, y llegar por este medio al descubrimiento de sus causas y á la determinacion de sus consecuencias.

Se verá mejor toda la extension de lo que se llama experiencia, si se reflexiona que todo lo que en este mundo existe en el tiempo y en el espacio, puede ser considerado como un hecho; y que en este sentido, el pensamiento y la existencia humana, por ejemplo, son hechos como todos los demás.

Para sacar de la experiencia todo lo que contiene, se emplea el procedimiento intelectual que la lógica llama induccion, y que consiste en ir de lo particular á lo general.



Con este objeto se examinan los hechos recojidos y comprobados, se describen sus circunstancias, se eliminan las que son variables y accidentales, y se obtiene, por la coordinación de las circunstancias que son esenciales á la producción de un hecho (que le acompañan siempre cada vez y donde quiera que tiene lugar), la ley misma de ese hecho, es decir, su fórmula más general.

Si se emprende en seguida verificar esa ley, sirviéndose al efecto del conocimiento que se tiene para reproducir los hechos mismos, reproduciendo sus circunstancias esenciales, se hará lo que se llama una experimentación.

Se ve por lo que precede, la certidumbre inherente á semejante método. El punto de partida es lo que hay más verdadero y positivo, puesto que es la realidad misma; y en el trabajo del espíritu sobre esta realidad, la razón es la que interviene y aplica á realidades comprobadas y ciertas, los principios mismos de nuestra constitución intelectual, los que, por ejemplo, nos hacen afirmar bajo los fenómenos la sustancia, y más allá de los hechos que comienzan á existir la causa eficiente que los produce.

Por lo mismo que la razón interviene con la experiencia en la formación de una ciencia, se reconoce fácilmente que no hay ciencia puramente experimental. La experiencia da lo particular; la razón busca y descubre lo general, y ese descubrimiento es el que eleva los datos de la experiencia á la altura de una ciencia. No hay ciencia de lo que pasa, decía Aristóteles, y el mismo Bacon no era de otra opinión. La inducción, que es el paso de lo particular á lo general, es un procedimiento racional. De manera, que por un lado, el método experimental se apoya en la realidad, y por el otro, toma de la inteligencia, que interviene en la formación de la ciencia, algo de la certidumbre necesaria de los principios de la razón. Cuando, por ejemplo, la física ha llegado á explicar por la ley de la gravitación universal, los movimientos de los cuerpos celestes, y las anomalías aparentes que ofrecen en la superficie de nuestro globo, los cuerpos que en lugar de caer se elevan en el aire, ha obtenido el mayor resultado que pueda dar la inducción; ha llegado al mismo tiempo á la más alta certidumbre que sea posible alcanzar en las ciencias cuyo objeto es la realidad.

Habrà, pues, ciencias en que la experiencia represente más grande papel que en otras, y ciencias en que la intervención de la razón tenga más efecto que los datos de la experiencia; pero en toda ciencia hay lugar para los hechos y para la razón, porque no hay ciencia que no se refiera á un objeto real, y al mismo tiempo pueda ser hecha de otra manera que por la razón. Así, la física, la química, la botánica, la zoología, son ciencias inductivas y experimentales, porque los datos de la experiencia son en ellas, más que en otras ciencias, el objeto y base del conocimiento. En la fisiología, los datos de la razón representan un papel más considerable; lo es todavía mayor en la moral y en la teodicea; y en fin, en las matemáticas el papel de la experiencia se minora todavía, sin ser, sin embargo, enteramente nulo.

Esta intervención de los principios racionales en la formación de las ciencias inductivas, basta para mostrar que el método experimental tiene por objeto alcanzar lo general y lo universal, y que así difiere radicalmente del empirismo, que quiere que la experiencia se baste á sí misma, y que reduce así todo saber al conocimiento de lo particular, es decir, que anonada la ciencia.

Por otra parte, todo sistema filosófico que niega la necesidad de la observación, que rechaza el método experimental, y que quiere hacer la ciencia sin el intermedio de los hechos, se aventura por eso mismo, en el campo infinito de las hipótesis. Desde el momento que en lugar de examinar lo que existe para buscar su explicación, se establecen ciertos principios arbitrarios, de los que se trata de deducir en seguida todo lo demás, no se llegará nunca sino á construir un mundo de fantasía, más ó menos imposible, pero no se conocerá el mundo real. Aun admitiendo que se tuviese la dicha de establecer por punto de partida una verdad amplia y fecunda, no dejaría de conservar su carácter hipotético, puesto que no se apoyaría sobre la realidad; y como consecuencia última, el que la hubiera abrazado debería resignarse ó ignorar eternamente su demostración, y á privar por lo mismo sus conocimientos del solo carácter que constituye la ciencia, la certidumbre.—J. BOUILLIER, miembro del Instituto.

## DEL POSITIVISMO EN SUS RELACIONES CON LA CIENCIA

ESCRITO

POR TH. HUSLEY

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD REAL DE LONDRES, PROFESOR DE PALÉONTOLOGÍA

EN LA ESCUELA REAL DE MINAS DE INGLATERRA, ETC.

(1877.)

Hace ya dieziseis ó diecisiete años que conozco el *Curso de Filosofía positiva*, el *Discurso acerca del conjunto del positivismo* y la *Política positiva*, de Augusto Comte. Fuí llevado á estudiar estas obras, primero, porque M. Mill las menciona en su *Lógica*; después un teólogo distinguido me las había recomendado; en fin, un amigo cuyas opiniones siempre atendía, el difunto profesor Henfrey, que consideraba los grandes volúmenes de M. Comte como una mina de sabiduría, me excitaba á leerlos, y me los prestó para que me aprovechase de sus riquezas. Después de haberlos recorrido con todo el cuidado que merecen, encontré que la mina era profunda y oscura, mas su riqueza no me causó efecto. Las vetas de metal precioso me parecían angostas y raras, y la roca que las encerraba tenía tanta tendencia á trasformarse en lodo, que el trabajador podía atascarse intelectualmente. Sin embargo, por dicha encontré esparcidos algunos fragmentos de oro nativo, en los capítulos que se refieren á la sociología especulativa y práctica; pero no, según mi experiencia me permitía juzgar, en las discusiones relativas á la filosofía de las ciencias físicas. En efecto, encontré muchas cosas interesantes para todos aquellos que, como yo, ven eclipsarse las antiguas creencias del mundo y esperan con impaciencia el nuevo día. Nada podía ser más interesante para un biólogo, que ver establecer el estudio de su ciencia como parte esencial de los prolegómenos de una nueva interpretación de los fenómenos sociales. Nada podía satisfacer más á un adorador de la austera veracidad científica, que esta tentativa para salvar toda creencia, con excepción de las que pueden dar luz, aquellas que, lejos de temer la crítica, la buscan; y por otra parte, un hombre que ama el valor y el hablar preciso, debía conmoverse profundamente, viendo en la primera página del *Discurso acerca del conjunto del positivismo*, que el autor anuncia con calma que se proponía "reorganizar sin Dios ni rey, por el culto sistemático de la humanidad," el carecomido arca de la sociedad moderna.

REVISTA.—P. 33